

Mié
7
Dic
2016

Evangelio del día

Segunda semana de Adviento

Hoy celebramos: **San Ambrosio de Milán (7 de Diciembre)**

“Los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 40, 25-31

«¿Con quién podréis compararme, quién es semejante a mi?», dice el Santo.

Alzad los ojos a lo alto y mirad: ¿quién creó esto?

Es él, que despliega su ejército al completo y a cada uno convoca por su nombre.

Ante su grandioso poder, y su robusta fuerza, ninguno falta a su llamada.

¿Por qué andas diciendo, Jacob, y por qué murmuras, Israel: «Al Señor no le importa mi destino, mi Dios pasa por alto mis derechos»?

¿Acaso no lo sabes, es que no lo has oído?

El Señor es un Dios eterno que ha creado los confines de la tierra. No se cansa, no se fatiga, es insondable su inteligencia.

Fortalece a quien está cansado, acrecienta el vigor del exhausto.

Se cansan los muchachos, se fatigan, los jóvenes tropiezan y vacilan; pero los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas, echan alas como las águilas, corren y no se fatigan, caminan y no se cansan.

Salmo de hoy

Salmo 102, 1-2. 3-4. 8 y 10 R/. Bendice, alma mía, al Señor

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.

Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios. R/.

Él perdoná todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura. R/.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.
No nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 11, 28-30

En aquel tiempo, Jesús tomó la palabra y dijo:

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré.

Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

Reflexión del Evangelio de hoy

Los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas

El pueblo de Israel es, amén de ingrato, olvidadizo, y no cae en la cuenta que tal condición es la peor actitud en sus propias desdichas. Olvidarse de quién es Yahvé en su azarosa historia es su más evidente error. Pero Dios no hace dejación de su grandeza, cuya existencia se advierte en que nunca se cansa de guiar con exquisito mimo a su pueblo ni de amparar a los que en él confían. Dios no se olvida de sus hijos, porque, además, no sabe hacerlo, va contra su propia identidad de Padre de su pueblo. Israel puede manifestar su frivolidad entreteniéndose con ídolos e inútiles sustitutos de la grandeza de Yahvé, porque éstos a lo más que llegan es a ser vulgares imágenes de supuestas divinidades. Mientras que el Dios, guía de Israel, no olvida a su pueblo ni siquiera en el duro trance del exilio y lo ampara más allá del aparente olvido. Dios no se cansa de querer a los suyos, actúa siempre con el que busca su rostro con sinceridad, da vigor al cansado, reanima y consuela a todo el que espera la fuerza de Yahvé, pues su cariñoso y sublime amparo inutiliza la superficialidad de los ídolos.

Mi yugo es llevadero y mi carga ligera

Para el piadoso judío tomar el yugo de la ley era asumir de grado el contenido de la misma como pauta de vida; con el tiempo tornóse fardo insoportable para todos y en particular para los más humildes. El Señor sale a nuestro encuentro para desactivar la arrogancia de los líderes religiosos y la pérdida del norte de no pocos incautos despistados en la búsqueda de su mejor razón para vivir. Jesús de Nazaret brinda quietud y concordia a las personas abrumadas por tantas normas religiosas que ponen su acento en lo externo, por decisiones insoportables vendidas en nombre de Dios con falsedad patente, por una voluntad que se dice divina cuando no pasa de ser interés expreso de una clase clericalizada. El yugo del evangelio del Señor no es tal, al menos en su acepción de carga onerosa; al contrario, es suave ayuda para levantar la cabeza, para asir nuestra existencia a una amorosa razón de vivir, para topar con un Dios que es Padre y no vuelve la espalda a ninguno de sus hijos, para asumir al hermano como espacio de Dios y gloria a fomentar. Podrá entender alguno que amar al igual conlleva entrega y dolor, puede que sea así, pero hay que considerar también la otra cara de la moneda: porque también es alegría que ilumina nuestra conciencia, vivencia que no abre heridas sino argumentos para conocer mejor a Dios en la compasión compartida con los hermanos; y sobre todo es saborear, cada uno a su manera, la paz y el impulso vital que nos da la dulce palabra de nuestro Maestro.

San Ambrosio, es la mejor denominación de la archidiócesis de Milán, a cuyo servicio prestó lo mejor de su talento y vigor apostólico y para el cual fue elegido por aclamación de la comunidad. Luchó con denuedo contra el arrianismo y nos dejó hermosas muestras de su doctrina y creencia.

*Los ídolos no son exclusivos del Antiguo Testamento ¿la comunidad se atreve a identificar los actuales ídolos de nuestra iglesia?
¿Leemos el sufrimiento de nuestro mundo, en especial el de los más débiles, a la luz de esta Palabra del Señor?*



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

San Ambrosio de Milán

Obispo y doctor de la Iglesia

Tréveris (Alemania), 337/339 - Milán, 4 de diciembre de 397

El santo doctor y obispo Ambrosio de Milán nace en Tréveris, donde su padre, también de nombre Ambrosio, regía la prefectura de las Galias. La fecha de su nacimiento persiste incierta, pero los especialistas se inclinan hacia los años 337/39. Muerto prematuramente el padre, se traslada con la madre y hermanos a Roma, donde se le puede ver ya, seguro, en la Navidad del 353, cuando su hermana Marcelina recibe del papa Libero el velo de las vírgenes en la basílica de San Pedro. Nada sabemos de su adolescencia. Consta, en cambio, sí, que estudió retórica y ejerció la abogacía el año 368 en la prefectura de Sirmio.

Nombrado cónsul de la Liguria y de la Emilia con residencia en Milán hacia el 370, su gobierno resplandece de sabiduría y prudencia hasta el punto de pensar en él para obispo de la ciudad a la muerte del obispo arriano Auxencio. En efecto: disputaban arrianos y católicos la elección del sucesor, cuando Ambrosio, que había aparecido por allí para apaciguar los ánimos, fue aclamado de pronto por ambos bandos, siendo a la sazón sólo catecúmeno. Resultó un caso de elección a la manera de los que las biografías refieren de San Paulino de Nola, San Agustín de Hipona, y hasta del mismo donatista Petiliano de Cirta. Una semana después del bautismo recibe la consagración episcopal en fecha a datar entre el 1 de diciembre de 373 y el 7 de diciembre de 374. Sabemos que, una vez obispo, pasó la propiedad de sus bienes a la Iglesia, reservando para su hermana el usufructo y para sí nada que poder llamar suyo.

Antes de hacerse a la vela en la nueva misión, se dio de lleno, bajo la guía de Simpliciano, sucesor andando el tiempo, al estudio de la Biblia, de los padres griegos y de autores hebreos y paganos como Filón y Plotino. San Agustín precisará más tarde tan intenso estudio (Gónf. VI, 3, 3), el cual, unido a la incesante meditación de la divina Palabra, habría de ser la fuente de la actividad pastoral y de la predicación ambrosiana, y el contexto en que colocar los acontecimientos históricos, políticos y sociales de los que fue protagonista, forja yunque y molde todos ellos de su pensamiento moral, ascético y teológico.

Al principio del episcopado, las relaciones con Valentiniano I, que había aprobado su elección, discurrieron pacíficas, como él mismo hará saber a Valentiniano II, recordándole la conducta de su padre, respetuosa de la autonomía de la Iglesia. Se opuso desde el principio al arrianismo y así lo corrobora, por ejemplo, la petición de los restos de Dionisio, obispo católico de Milán, muerto en Armenia, exiliado por Constancio. Dos episodios vinieron a señalar su vida el año 375: de una parte, la muerte de su hermano Sátiro; y de otra, la de Valentiniano I. Las oraciones fúnebres del primero abundan en temas teológicos y pastorales: humanidad y divinidad de Cristo, lugar que ocupa en la Trinidad y denuncia de los luciferianos, que habían llegado al cisma exorbitando las fórmulas nicenas. En cuanto a Valentiniano I, su recuerdo vuelve en la oración fúnebre de Valentiniano II, en la que Ambrosio celebra la fe del padre y su resistencia a las instancias de juliano para que apostatase. [...]

En su ministerio pastoral destacó por sus trabajos por combatir el arrianismo, y por sus numerosos escritos de homilética, temas de moral y ascetismo y textos dogmáticos.

[...] Falleció el 4 de diciembre del 397. Sepultado en la basílica de su nombre en Milán, empezó pronto a ser venerado como el primero entre los cuatro doctores de la Iglesia latina.

Pedro Langa O.S.A